

EL CASCABEL

PERIODICO SEMANAL

DIRIGIDO POR

DON CARLOS FRONTAURA

DIRECCION

Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS

EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

Un horroroso incendio ha destruido todo el interior del templo de Santo Tomas de esta corte.

La rapidez con que el fuego se comunicó á los dos extremos de la iglesia, dejando casi libre toda la parte intermedia, en una distancia de treinta varas, ha dado origen á mil absurdos rumores, de que no hemos de hacernos eco.

No es posible que exista un español que intencionalmente haya motivado un siniestro semejante. No es posible que el incendio de Santo Tomas haya sido causado por pequeñas pasiones políticas.

¡A la puerta del templo de Dios mueren todos los rencores del hombre!

El incendio, por lo tanto, ha debido ser, ha sido casual.

Una desgracia no es un crimen.

Consignemos, en honor del pueblo madrileño, que todas las autoridades, desde el rey al más humilde operario del ayuntamiento, se presentaron desde el primer instante en el lugar del siniestro, contribuyendo á la extincion del incendio, cada uno segun sus medios.

Las pérdidas artísticas que ha experimentado el templo, han sido muy considerables y de difícil reposicion.

Creo, no obstante, que el vecindario responderá al llamamiento que han hecho personas piadosas, y que la iglesia de Santo Tomas volverá próximamente á ser abierta al culto.

Como toda desgracia suele tener algo cómico, durante el incendio á que me he referido tuve ocasion de escuchar diálogos, cuya reproduccion en este lugar haria interminable el artículo, y algunas reflexiones *en aparte*, que voy á transcribir.

—¡Si se extendiese siquiera á la Audiencia! exclamaba un individuo de rostro patibulario.

—Así arde mi corazon, decia un almibarado pollo á una jóven, no mal parecida, que estaba á su lado.

—¡Los templos arden! decia un ateo muy bruto; Los dioses se van!

—Ahora veremos, murmuraba un pensador muy tronado, el resultado de la lucha entre el fuego y el agua.

—Mi elocuencia, pensaba un diputado Lázaro, es elevada como esa cúpula, potente como esa llama y brillante como su luz.

—Tu cerebro, contestaba intencionalmente un compañero suyo, está lleno de humo, como el que se desprende del incendio.

—En la casa inmediata vive D. Lesmes, mi acreedor: esperemos á ver si el incendio se propaga, observaba un conocido mio, que sólo de noche puede salir de casa.

—La plaza está iluminada: veamos qué hora es en el reloj de aquel caballero, que tiene cara de ser provinciano, decia un ratero.

—¡No correr, señores, no correr! ¡Es que llega el rey! exclamaba un amarillo.

—Siempre los pueblos corriendo delante de sus reyes, murmuraba un ciudadano mal encarado, un revolucionario sin duda: un incendio los reúne: otro incendio les separará.

—¿Viene V. del fuego? ¡Dicen que es horrible!

—Aquello no es fuego, señora, *aquello es la mar.*

—¿Oye V. el ruido del órgano?

—¡Del órgano!

—Si, señor; al caer derretido en el pavimento. Hé ahí un sonido en que no soñó de fijo su constructor.

—Notable coincidencia: el edificio está colocado entre dos tribunales. ¿A que no se averigua si su incendio ha sido intencionado ó casual? decia un escribano.

No sé si sabrán Vds. que los partidos se han convertido en partidas.

Una de ellas ha cogido cuatro caballos en la posesion que la duquesa de Prim tiene en la provincia de Toledo: supongo que será para correr mejor.

Otra se ha incautado de los fondos de un estanco y un ayuntamiento: esto se explica por una precaucion muy

comun; como es la de no ponerse en camino sin dinero.

Las columnas del ejército que operan en Cataluña no han dado con ninguna partida; pero aseguran que las ven á lo léjos. Las autoridades del Principado hablan tambien en sus alocuciones de agitacion y otros excesos.

¿Qué saldrá de todo esto?...

Dicese que los carlistas han cortado algunas líneas telegráficas, pero con el único objeto de perjudicar á la agencia Fabra.

Me consta.



Los radicales se comprometieron á votar á los alfonsinos para senadores, si los alfonsinos votaban á los radicales para diputados.

Los segundos hicieron mal en tratar con los primeros; pero los primeros han hecho mucho peor en faltar á lo pactado con los segundos.

El contrato era inmeral y censurable, pero al fin y al cabo era contrato.

Como consecuencia de esto, radicales y alfonsinos han quedado iguales, y el gobierno ha triunfado en Madrid, proclamando senador al príncipe de Vergara, mote de mal género que no necesitaba el que llamándose Espartero á secas salvó el trono de la reina Isabel, en una lucha de siete años; al Sr. Montalban, rector que fué de la Universidad Central, y causa inocente de aquello del 10 de Abril; al Sr. Galdo, que es un buen señor, y al Sr. D. Cirilo Alvarez, que es tambien una persona muy digna por todos conceptos.

No crean ustedes que me he vuelto ministerial; pero la verdad no debe tener partido político.



Ustedes se habrán preguntado muchas veces qué va á salir de la próxima legislatura, y á fe que desearia poderles contestar satisfactoriamente.

Por indicios y nada más que por indicios, puedo decir que el discurso de la corona será cosa de gusto, y como obra del Sr. Romero Robledo, un si es no es conservador.

La discusion de las actas será una verdadera resurreccion de la carne. Por desgracia los diputados resucitan y los electores no.

Despues, ó ántes, es fácil que las oposiciones se alejen del Parlamento; despues se discutirá el proyecto de contestacion al discurso de la corona; despues hará el verano su entrada triunfal, y como es un monarca absoluto, poco afecto á la forma parlamentaria, cerrará las Cámaras por un par de meses, despues...

Ya les iré diciendo á Vds. todo cuanto ocurra, si tengo vagar para ello, como dicen los académicos de la Lengua.



En el último número di cuenta á Vds. del futuro Congreso: cerraré esta reseña citando á algunos de los señores elegidos para el Senado.

A él sólo viene un *Hombre*; pero en cambio vienen la

Trinidad, Santa Cruz, Santa María y San Millan, lo cual da un carácter eminentemente religioso al cuerpo deliberante. Han sido nombrados tambien un *Caballero* con su *Escudero* correspondiente; y de oficio conocido, un *Cantero*, dos *Herreros*, y un *Tabernero*. En representacion del reino zoológico un *Aguila* y dos *Leones*. Ignoro la naturaleza de los nuevos senadores: sólo sé de uno que es *Gallego*. Respecto á las cualidades morales de los mismos, hay uno *Bueno*, otro *Grande*, otro *Leal*, uno *Franco* y otro *Alegre*. De sus dotes físicas diremos que uno es *Cano* y otro *Garrido*.

Omito decir á Vds. que no faltan las *Casas*, los *Rios*, las *Rosas* y las *Fuentes*; que hay una *Vega*, una *Cuesta*, una *Palma* y una *Oliva*, sin otros muchos senadores, que he de omitir en gracia de la brevedad.

UN POQUITO DE CONVERSACION

—Señor D. Rosendo, ¿qué feo se pone esto!

—¿El qué?...

—La situacion, hombre. ¿No lee V. *El Combate*?

—No, señor.

—Pues es un horror lo que dice. Dice que la revolucion viene á escape, que la liquidacion se aproxima, y en fin, le digo á V. que yo lo leo todas las noches y me deja tal impresion, que luego sueño que hay barricadas, y que me cortan la cabeza, y que el zapatero de mi portal es ministro de negocios extranjeros...

—¡Hombre! V. exagera; esos señores de *El Combate* tienen ese modo de escribir, porque es preciso hacer efecto entre los suscritores, que dejarian el abono si no viniera el periódico muy caliente, pero de fijo son unos buenos chicos, incapaces de hacer daño á nadie.

—No lo dudo, pero ese lenguaje amenazador...

—¡Hombre! es el lenguaje propio del partido. ¿Le parece á V. que seria oido un republicano que hablase de conciliacion, de armonia, y que excitase á sus correligionarios á preferir las poesias de Melendez á *La Igualdad*, una comida de campo á una sesion en el club, una rosita en el ojal de la chaqueta á un fusil acuestas, y un plato de arroz con leche á un discurso de García Lopez?... No, señor: los republicanos, para tener prestigio, han de echarla siempre por la tremenda; pero crea V., que del dicho al hecho hay gran trecho.

—Habrá de todo, como en botica; yo no me fio. Pues, ¿qué me cuenta V. de los carlistas?... Tambien leo yo sus periódicos, y me asustan igualmente con sus tristes augurios, con sus afirmaciones de que el cataclismo se aproxima, y francamente, tanto dicen, que no haciéndonos todos carlistas, no hay salvacion para la patria, que estoy casi tentado de ponerme á carlista como Necedal...

—Mire V., los periódicos cartistas tienen que decir naturalmente que ser carlista es lo mejor que hay que ser en el mundo; y todavia dicen más: dicen que el que es católico tiene que ser carlista, lo cual equivale á decir que la santa religion católica es privilegio de un partido...

—¡Qué atrocidad!

—Sí, señor; lo es; pero así se hace propaganda política.

—Diga V., ¿y vendrán los carlistas?

—¡Hombre! muchos años hace que están viniendo, pero ahora, francamente, después de haber venido la gloriosa y luego el glorioso traído por la gloriosa, no digo yo que pueden venir los carlistas, sino hasta el moro Muza.

—Y ahora tienen buen general.

—¡Vaya! Necedal nada menos.

—¿Qué vale Cabrera á su lado?

—¡Cá! hombre, Cabrera es un quidam comparado con Necedal. Se conoce que el señor D. Carlos tiene buen ojo para elegir sus hombres.

—Mucho, muy buen ojo; no hay quien pueda con él.

—¿Y lee V. los periódicos radicales?...

—Sí, señor, también los leo...

—Vienen también alarmantes.

—¡Hombre! es natural, los radicales no están en el poder... ¿Le parece á V. que no es un motivo bastante para que estén alarmados y alarmen á todo el mundo? En cuanto entren en el poder, en cuanto logren que el vecino de la plaza de Oriente les llame, verá V. como ya no están alarmados, y tranquilizan á todo el mundo, y recomiendan quietud, sosiego y confianza.

—Pues no vienen menos alarmantes los periódicos ministeriales. ¿V. los lee?

—Sí, señor, por leer de todo.

—Ya ve V. cómo hablan de partidas que se levantan, de siniestros planes de los carlistas, de los federales, de los radicales, de todo el mundo...

—Es natural.

—¿Natural?...

—Sí, señor; les conviene á los ministeriales alarmar á la gente y presentarse dispuestos á salvar la sociedad amenazada, y hacer creer que hay unas conspiraciones horribles, y que se trata de llenar de petróleo las cañerías del Lozoya...

—Entonces, es decir que todos contribuyen á sostener esta alarma en que vivimos.

—Sí, señor; á todos los partidos les conviene la alarma, y la sostienen. Los políticos profesan aquello de *á rio revuelto...*

—¡Bonita política!...

—¿Y qué sabe V. de los alfonsinos?...

—No creo que conspiren, como quieren suponer los ministeriales, y si se conducen con cordura, harán ganar mucho á la causa que sostienen. El cansancio y el desengaño del país han de facilitar el camino á la solución menos violenta y más lógica. La opinión de las personas ajenas á la política está ya bien definida en ese sentido, y ese convencimiento de la opinión se extenderá más á medida que se vaya viendo lo insostenible de la situación creada aquí por la revolución.

—Pero si esa bandera la sostiene un solo partido, el moderado, que está, como todos, en gran descrédito...

—No, señor; esa bandera no podría triunfar siendo enseña de un partido no más; la ventaja que tiene preci-

samente el príncipe Alfonso es que no le cabe responsabilidad alguna en cuanto ha sucedido en España, que á nadie ha agraviado, que nadie le puede odiar, y por lo mismo ha de contar con mayor número de voluntades en su favor. Así, pues, yo creo que en esta situación, lo que les toca hacer á los amigos de D. Alfonso es esperar, y señalar al país, como quien no hace nada, los hechos de los que, prometiendo felicidades de todo género, y toda clase de *revalentas* de moralidad, legalidad, libertad, seguridad y bienandanza, están haciendo hace tres años y pico mangas y capirotos del país, y probando tan claro como la luz del día que todas aquellas promesas eran ilusiones engañosas.

—Me parece que tiene Vd. razón.

—Lo mismo me parece á mí, y lo mismo le parece á muchísima gente.

—Pues hasta otro día.

—¿Irás Vd. á las Cortes?...

—Sí, señor, no faltará á ninguna sesión; hay que ver mucho allí.

—Y que oír. Pero póngase Vd. cerquita de una puerta para poder echar á correr pronto.

—Ya lo haré.

—Allí veremos funcionar la máquina de la moralidad, de la libertad, de la legalidad, y de la economía y del buen gobierno.

—Sí, señor, sí; mucho contaba de eso la difunta.

LA MADRE DE LA DAMA JOVEN

(Continuación)

Y sucedió que hubo de representarse en Novedades un drama de gran espectáculo y un si es no es de magia, en el cual fundaba grandes esperanzas la empresa, prometiéndose que con él tendría aseguradas las Pascuas y podría recuperar una parte de lo perdido; bien que el empresario lo habría perdido todo con cierta satisfacción, no por otra cosa, sino porque él no tenía la empresa para ganar dinero, sino para dar gusto y un gran sueldo á cierta bailarina, que no era cosa mayor en cuanto al baile, pero como mujer no tenía tacha, á no ser en la conducta, un poco ligera, eso sí; pero esta cualidad era un encanto más para el liberal empresario. En dicho drama, que además de mágico tenía sus puntos de sacro ó sacrilego, pastoril y pirotécnico, habían de tomar parte varios niños, y entro estos una niña, cuyo papel no dejaba de ser interesante y de empeño; como que tenía que hablar mucho la que lo representase. No sabía el empresario dónde hallar una niña con la inteligencia suficiente para representar aquel difícil papel, y era esta una gran contrariedad, porque las Pascuas se acercaban á más andar, y el drama no podía dejar de estrenarse, como que en él bailaba un paso serio de gran efecto la bailarina sin tacha en lo físico, por quien tantos sacrificios hacía aquel benemérito *caballo blanco*. La dama y el galán que

vivian en casa de doña Rosario se acordaron de la donosa Virtudes; estimaron que era la niña muy capaz de representar el papel, y ofrecieron al empresario procurar por todos los medios que la madre permitiese á su hija presentarse en la escena.

—Doña Rosario, dijo la dama á su patrona, mi marido y yo tenemos que pedir á V un favor.

—¡Ayl dígalo V. pronto, doña Conchita; oro molido que fuera... y siempre y cuando que esté en mis facultades... ¿Qué le hace á V. falta?... ¿Un espejo más grande?... Ya lo sé, y se lo pondré á V.; por diferencia de seis reales no traje ayer uno que hay en la prendería de enfrente...

—No es eso, doña Rosario.

—Pues V. dirá, doña Conchita.

—Mi marido y yo tenemos necesidad de Virtudes.

—¡Ave María! No se eche V. por los suelos, doña Conchita, que ya sé lo buena que es V.

—No me ha entendido V. Digo que necesitamos á Virtudes.

—¿A mi hija?... Pues voy corriendo... ¡Niña, ven, niña!

—Vamos á hacer en el teatro un drama en el que hay un bonito papel de niña, y queremos que lo haga Virtudes.

—¡Jesus! ¡Doña Conchita, por Dios! ¡Salir mi niña al teatro! ¡Qué vergüenza! ¡Si sus abuelos y su padre levantarán la cabeza!... ¡Jesus! ¡Ave María Purísima! Esta doña Conchita es el enemigo. ¡Virgen de la Soledad, mi niña pisar las tablas!

—Señora, no hay motivo para tanto asombro.

—Doña Conchita, sería una vergüenza... ¿Qué diría la gente?...

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

—Vaya, contestó doña Mónica, esposa de D. Serafin, de casta le viene: su padre no era rana.

—¿Qué comparacion tiene su padre con él? Bien me lo decía el bueno de D. Pedro: mi hijo me dejará muy atrás; mira, mira, qué día de orgullo y de contento nos ha dado hoy.

—Pero es un ingrato, dijo Serafina, la hija mayor de don Serafin, preciosa morena pelinegra de diez y ocho años: no ha venido á vernos.

—No se acuerda ya de nosotros, dijo la segunda hija, que se llamaba Carmen, y que apenas tenía diez y seis años.

—Señora, nada hay de indecoroso en eso, y estoy segura de que la niña tendrá mucho gusto en representar ese papel.

Y en efecto, la niña se volvió loca de alegría, y al fin su madre consintió, pero con la condicion de que se pusiera en los carteles que tomara parte en la representacion del drama, por especial favor á la empresa, una niña de ocho años perteneciente á una de las más distinguidas familias de la corte.

Doña Rosario asistió á los ensayos, escandalizada de oír los votos y juramentos del director de escena, y de ver á las bailarinas con enaguillas cortas y las piernas al aire, dando zapaletas inconvenientes y volteretas poco honestas á la verdad. Y la buena señora no hacia más que pensar, llena de terror, en la tremenda escena que le harian sus padres y su esposo si levantaran la cabeza y la vieran allí, en un escenario, al lado de la emboadura, sentada entre dos bailarinas, una de ellas picada de viruelas, y rodeada de músicos y danzantes, cuyo lenguaje no era por cierto el más edificante que digamos.

II

Llegó el día de la primera representacion del drama sacro-bíblico-mágico-profano,—profano por el paso que bailaba en uno de sus cuadros la protegida del empresario,—y doña Rosario se presentó á este apreciable primo á pedirle tres palcos, ocho butacas, veinte delanteras y hasta sesenta localidades de menor cuantía, porque ella, dijo, tenía muchos conocimientos, y que cumplir con mucha gente, y no hubo más remedio que complacer á la exigente madre de la novel actriz.

Y corrió doña Rosario á casa, y auxiliada por un hués-

—La tercera, Pepita, nada dijo, porque era muy niña y apenas se acordaba de Francisco Estévan.

—¿Qué sabeis de eso, chiquillas? No le han dejado en todo el día, y ha tenido que ir á la iglesia á cumplir religiosamente un solemne voto hecho á la Santísima Virgen: pero yo aseguro que la primera casa que visitará será la nuestra: casi, casi, estoy por que retardemos un poco la cena, porque se me figura que él va á cenar con nosotros.

VIII

Hay algo misterioso, algo magnético, algo que no se comprende, que pone en relacion á los seres vivientes y que les hace sentirse, adivinarse.

Apenas habia dicho sus últimas palabras D. Serafin, cuando llamaron á la puerta de la calle, y apenas llamaron, cuando D. Serafin dijo:

—¡El es!

Y apenas lo dijo D. Serafin, cuando escapó hácia las escaleras, bajó y abrió la puerta.

En efecto, no se habia engañado.

Era Francisco Estévan.

Pero no venia solo.

Traia del brazo una mujer.

ped que era muy buen muchacho y muy servicial, hizo la distribución de las localidades entre la vecindad, algunas familias de palacio, ó, mejor dicho, de empleados que habían sido de palacio, y sus proveedores de cámara; es decir, el del almacén de ultramarinos, D. José el del molino de chocolate, el Sr. Pedro el carnicero, y otras personas no ménos inteligentes, que sabrían apreciar el mérito de la niña.

Doña Rosario se reservó el palco más visible para ella, sirviéndose designar como sus acompañantes en aquella noche memorable á sus estimados amigos el hábil comadron que la habia asistido en su último parto, en el que vino al mundo Virtudes, y la señora y la hija del propio comadron, amigas íntimas de la venturosa madre, que en aquel día recordó cien veces las épocas más señaladas de su vida; el laborioso último parto; la circunstancia de que por tener ya cuarenta y cinco años en aquella época creyó que no estaba en cinta, sino hidrópica; su sorpresa cuando se convenció de que la hidropesía no era otra cosa que embarazo; la alegría que tuvo su marido, que tampoco creía en aquel embarazo fuera de sazón, y por último, hizo gran copia de reflexiones sobre el tema de lo que dirían sus padres y su marido si aquella noche levantarán la cabeza y se fueran al teatro de Novedades, por distraerse un rato, y vieran á su nieta é hija en medio de las tablas *cortando el verso* con sin igual *doire*.

Llegó la hora de la función; el teatro estaba, por escepcion, ocupado en todas sus localidades, y allí lucía todas sus galas doña Rosario en su palco. Había dejado ya vestida á la novel actriz, y en el momento de ir á levantarse el telón habia subido al palco, á fin de saludar á la familia del comadron y ver la aparición de su hija

Esto contrarió vivamente á D. Serafín, y le agrió la alegría.

Francisco Estévan no podia haberse casado en Africa.

Y D. Serafín era un hombre terriblemente severo en cuanto á la moralidad.

IX

—No os escandaliceis, D. Serafín, no os escandaliceis, dijo Francisco Estévan: esta señora es una noble doncella cautivada por los piratas argelinos en las playas de Almuñécar, á quien he librado yo.

—¡Ah! eso es distinto, hijo, eso es distinto, contestó entusiasmándose D. Serafín; entra, entrad vos, señora, estais en vuestra casa: pero esperad aquí, en la tienda: voy á advertir á mi mujer y á mis hijas para que no estrañen que te nos presentes con una dama, jóven y llena de atractivos.

Y D. Serafín, dejando en el mostrador el velón de que se habia servido para alumbrarse, escapó.

X

—Es un excelente hombre, doña Clara, dijo con acento afable Francisco á la jóven.

—Sí, parece muy bueno, dijo ésta, que estaba como contrariada y con los ojos inclinados al suelo.

en la escena. Luego volveria á los bastidores para estar al cuidado de Virtudes. Salió esta, y en honor de la verdad ha de decirse que salió con gran desparpajo, y sin temor á nada ni á nadie,—aunque su madre decia que estaba muerta de miedo la chica,—y dijo los primeros versos con la mayor naturalidad y gracejo, mereciendo un aplauso unánime y prolongado del público ilustrado. Doña Rosario no pudo contenerse, y comenzó á sollozar; pero con tal estrépito, que el público fijó la atención en el palco, sorprendido de que aquella señora llorase de aquel modo ántes de que ocurriese catástrofe alguna en el drama.

—¡Hija mia! ¡Corazon mio! exclamaba la madre gimiendo y llorando. ¡Si su padre levantara la cabeza, se la comia á besos!...

—¡Fuera! gritaban desde la galería.

—¡Silencio!

—¡Que calle esa vieja!...

Doña Rosario, al oír esta frase, se levantó indignada, y hubiera dirigido algun enérgico apóstrofe al imprudente que la habia injuriado, si el comadron no la hubiese tirado de la manteleta, diciendo:

—¡Por Dios! señora, que va V. á armar un motin.

Doña Rosario calló, y se fué á ver la función desde los bastidores.

Continuó la representación, y Virtudes alcanzó un éxito completo, mucho más éxito que la bailarina protegida por el empresario; la cual, en el paso nuevo expresamente inventado para ella, estuvo poco afortunada; pero esta *artista* hizo creer al empresario que la novedad de la niña le habia quitado á ella el *efecto*, y al *idem* exigió del empresario, y este del autor de la obra, que en las representaciones sucesivas el *paso* se bailara ántes

No se la veia el semblante.

Sólo se la veia la parte superior de la cabeza, y en ella una negra, sedosa, rizada y riquísima cabellera.

Un cendal azul, berdado de perlas, ceñía diagonalmente aquellos cabellos.

El traje era morisco y riquísimo.

Su caftán, cuya capucha tenia echada á la espalda, era el sobretodo de aquel admirable traje.

XI

Se oyeron precipitados pasos por las escaleras.

D. Serafín no volvía solo.

Le seguian su mujer y sus hijas, llenas de curiosidad.

Por último, venian la cocinera, los tres mancebos del almacén y el mozo de recados.

—¡Oh! hemos venido á alborotar esta casa, dijo con un acento particular doña Clara, que continuaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Nada temais, contestó Francisco Estévan; no sintais ningun género de empacho; aqui sereis muy bien recibida y muy bien tratada.

Llegaron en aquel momento D. Serafín, su familia y sus domésticos.

(Se continuará.)

de la aparición de la niña; pero cuentan las crónicas que no por eso alcanzó mejor éxito la intrépida bailarina en las sucesivas representaciones.

Un incidente interrumpió la representación en el último acto. Después de una larga tirada de versos dichos por la niña al primer barba, que representaba en el poema el papel del demonio, el público entusiasmado llamó á la escena á Virtudes, y le arrojó dulces y flores. Doña Rosario no se pudo contener, y en el momento del mayor entusiasmo popular, cuando la niña hacia con mucha monada graciosas cortesías, salió como un rayo de entre los bastidores á la escena, cogió en brazos á su hija, y le dió los dos besos más estrepitosos que se han oído en teatro desde que los hay.

Y figúrense Vds. el efecto que haría doña Rosario en medio de aquellos actores vestidos de romanos bien acomodados y demás gente ordinaria.

El público, sin consideración, empezó á gritar:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Y el mismo *demonio* tuvo que empujarla hácia los bastidores.

Y se oían en el público estas voces:

—¡Que no salga la madre!

—¡Que baile la madre!

—¡Que diga algo la vieja!

Pero doña Rosario no oía nada, en medio de aquellas emociones.

—Perdone V., decía al *demonio*, no sé lo que me hago... ¡Jesus, qué chica! ¿Quién lo había de decir?... ¡Si su padre levantára la cabeza!...

III

El drama se representó muchas noches, gracias al donaire de la tierna actriz; los periódicos estuvieron unánimes en el elogio como lo estaba el público en el aplauso, y el empresario hubiera bailado de contento en celebridad de tan singular fortuna: la que no estaba contenta era la bailarina, que bailaba aquel paso sin éxito, y de buena gana, para desahogar su pecho acongojado, hubiese ahogado entre sus pecadoras manos á la monuela que se había atravesado en su camino, robándole la gloria artística, que estimaba la bailarina más que el amor del empresario, bien que ménos que el dinero...

Doña Rosario, que iba al teatro todas las noches con su hija, y ya sabía todo lo que allí pasaba y no se le ocultaba nada, había sorprendido todos los misterios de bastidores y conocía la vida y milagros de todas las personas que intervenían en el teatro, desde el empresario hasta el último tramoyista. Por eso sabía de la bailarina mucho más que el mismo empresario; y como doña Rosario no era muy discreta, y como además tenía ganas de vengarse de la bailarina, que tenía odio y mala voluntad á su hija, hizo de modo que el empresario llegase á saber lo que á la alumna de Terpsicore no le podía convenir que supiera el que era su protector en este mundo.

Y una noche, en medio de la representación, oyó el ilustrado público un ruido extraño de voces y bofetadas,

que pronto comprendió no debía ser cosa del drama, porque oía palabras, aunque muy usuales, impropias de la época del poema y de los personajes que en él intervenían.

Era simplemente que la bailarina y doña Rosario se zurraban de lo lindo entre bastidores. La niña, que vió desde la escena cómo la sílfide cogía á doña Rosario del moño, corrió hácia el lugar del siniestro; el *demonio*, que también estaba en escena, la siguió, y en un momento se armó allí tal barahunda, que fué precisa la intervención de la autoridad, y el público se alborotó también, y tuvo que variarse la función, porque doña Rosario se había llevado á la niña; y aquel fué el último día de la empresa. La bailarina envolvió en su ruina á cuantas familias dependían del teatro, y hubiera querido tener las fuerzas de Sanson para hacer caer con estrépito el teatro entero.

El empresario, aficionado ya á perder el dinero en el teatro, hubiera querido continuar con su empresa; pero como el dinero que perdía era de su mujer, el padre de esta tomó cartas en el asunto, enterado ya de las debilidades de su yerno, y no hubo más remedio que renunciar á la empresa, haciendo este sacrificio el interesado en aras de su felicidad doméstica.

Virtudes quedó desconsolada.

Habíase ya acostumbrado á la escena, á los aplausos del público, y como sucede á todos los que emprenden la carrera teatral, no podía vivir ya sin esas emociones de la vida artística, no podía hallar entre las paredes de su casa el encanto que en medio de la decoración de selva; sus mejores trajecitos de calle le parecían ridículos comparados con aquel traje de seda cuajado de lentejuelas, y su misma madre le parecía una mujer prosáica, vulgar, cuando se acordaba de aquellas reinas, de aquellas matronas que había visto tan de cerca en la escena.

Doña Rosario perdió los dos mejores huéspedes, la dama y el galán, que, cerrado el teatro, fueron ajustados para ir á hacer la *Pasion* en el de Zaragoza.

La bailarina, causa principal de la catástrofe, se retiró á la vida privada; un inglés se la llevó á Inglaterra, y según cuentan los que la han visto allí, es muy dichosa con *mislon* (así llama ella al inglés), y este es con ella dichosísimo, tanto que no espera más que la muerte de un tío millonario para casarse por lo fino con la salerosa española, bien que ya esta señora tiene sus cuarenta muy cumplidos.

Grande era la fama que había alcanzado Virtudes desde que debutó en aquel malogrado drama, y esta fama le valió que varias sociedades dramáticas solicitaran su concurso; y así volvió la niña á la escena, desarrollando sus facultades en la modesta esfera de los teatrillos caseiros, mientras llegaba á edad de poder ajustarse en un teatro público. Este era su sueño dorado. Ser actriz era su ventura.

Y lo fué.

A los diez y seis años fué ajustada con dos duros diarios en calidad de dama joven para uno de los teatros de Madrid.

Doña Rosario accedió, convencida ya de que ni sus padres ni su esposo levantarían la cabeza, y sobre todo porque calculó que su hija ganaría más representando comedias que ella admitiendo huéspedes con asistencia ó sin ella.

(Se concluirá.)

CASCABELITOS

Se ha publicado un bonito libro, titulado *Cuentos de a media noche*, escritos por Perez de Liébana, pseudónimo de un excelente escritor.

Los cuatro cuentos que contiene el libro son sumamente interesantes y entretenidos, y demuestran el gran ingenio de su autor.

Mi amigo D. Juan Belen renunció ayer la encomienda, sólo porque no se entienda que va á robar algún tren.

La galería de figuras de cera, en la Carrera de San Jerónimo, se ha aumentado con un magnífico grupo nuevo que representa el *raptó de Proserpina* nada ménos.

Es cosa buena, y deben Vds. verla.

Proserpina es una señora muy guapa, mejorando lo presente.

La entrada 2 rs., y si son ustedes niños ó soldados, la mitad.

Me parece que no puede ser más barato.

El día 24 empezará el jaleo en el Congreso. Lo que es en esta temporada se pegarán esos caballeros que vienen al Congreso.

Hay que ir á las sesiones, porque se pegarán.

A D. Práxedes se lo van á comer crudo.

El jeroglífico del número anterior dice que *la publicidad es la salvaguardia del pueblo*, sobre lo cual habria mucho que hablar, porque bastante publicidad hay ahora, y el pueblo no está por eso mejor guardado.

El jeroglífico de hoy sí que es bonito. A ver si lo aciertan Vds.

—¡Mamá, estoy muerta!
—Pues, ¿qué ocurre, hija mia?...
—Que mi marido ha salido ahora á desafiar al ministro de Estado. ¡Se va á perder, Dios mio!
—Pero, ¿por qué?
—Porque le ha enviado una cruz.

Los ministros comieron el otro día en Lhardy con varios amigos.

No dejarían de dedicar un recuerdo á tantos infelices

como han muerto á tiros para que España tenga el gusto de ver á tan eminentísimos personajes en el poder.

A Olózaga le han aumentado el sueldo. El pobrecito no podia vivir con el que tenia en su cargo de embajador.

¡Hombre! francamente, ¡y nos quejamos de la *Internacional!*

Estaban ayer en una acalorada contienda dos mozos de los más crudos delante de una taberna. ¡Permita Dios, exclamaba el uno, como una fiera, que tu mujer te la pegue, si es que ya no te la pega, que te coja un toro bravo, ó que te coja tu suegra, que estés hambriento y no comas, que tengas sueño y no duermas, que un perro que esté rabiando con mucha gracia te muerda, y que á los cuarenta días revientes como arpa vieja! —¿Has acabado?... le dijo el otro con mucha fiema. ¡Pues, permita Dios del cielo que te den una encomienda.

El emperador ruso ha regalado á la Patti un rubí que vale 56.000 francos.

Si le gustara mi voz á ese caballero...

Por supuesto que con esos 56.000 francos se podia haber hecho felices á muchos pobres, aunque no tengan tan buena voz como la Patti.

Porque es su esposo liberal, Pascuala dice que ella tambien es *liberala*, y creo que al esposo sabe mal que su mujer le gane á *liberal*.
A veces causará el liberalismo en algun matrimonio un cataclismo.

Un colega dice, refiriéndose al *Monitor* de Bruselas, que once caballeros belgas, entre ellos un notario, han sido agraciados por el gobierno español con la cruz de Isabel la Católica ó de Carlos III, algunos con la gran cruz.

¡Los han partido!

Nada puedo decir á Vds. acerca de las graves noticias políticas que circulan. Parece que la cosa se pone fea, pero nada, no teman Vds., no se apesaren por eso, porque para no pensar en esas cosas tienen Vds. el recurso de entretenerse leyendo los tres tomos publicados de los *Cuentos de salon*, que se venden en esta su casa, á pesetita el tomo, y á 5 rs. para provincias.

Y lo mejor es que á fin de mes estará el tomo cuarto, que contiene *La doncella del piso segundo*. ¡Digo! ¡Por una peseta!

¿Quieren Vds. música buena y barata?
Pues vengan á la Administración de EL CASCABEL, y por dos reales les daremos *La Tertulia*, no la progresista, colección de piezas de baile; por 5 rs. otras 21 piezas de baile también, pero diferentes, y por 6 rs. el *Album del pianista*; es decir, que por 13 rs. tienen Vds. música para entretenerse tocando el piano medio año.



Un día de estos debe abrirse el circo del Príncipe Alfonso con la numerosa compañía de ópera contratada por el señor Rivas.

Allí verán Vds. lujo en la escena. En este punto, Rivas no tiene rival.

Suponemos que la compañía será también muy buena.



Dicen que se presentará á las Córtes la reforma de la ley de matrimonio civil.

Y supongo que se enmendará la atrocidad de llamar hijos naturales á los de matrimonio canónico.

Ese fué un golpe que acredita la poca aprension de estos revolucionarios.



Veo que menudean los anuncios de médicos que ofrecen remedios á los que los necesiten para echar del cuerpo la solitaria.

Si alguno de esos médicos tuviese algun remedio para que el país eche fuera la politiquilla, que es la solitaria que le roe las entrañas, haria gran favor á la patria.



Señoras y señoritas, á Vds. les gustará llevar corsés bien hechos, que no les hagan daño, que las sienten perfectamente, que realcen y aumenten las perfecciones del talle, etc., etc.

Pues vayan Vds. á la gran fábrica de la plaza de Celenque, núm. 1, y encontrarán los corsés más perfectos del mundo. Yo no lo gasto, pero lo sé por quien lo gasta, y basta.

Expresiones á Sagasta.



Y ya que van Vds. á ir á la plaza de Celenque, en la misma casa donde está la fábrica de corsés, en la tienda de la esquina de la calle del Arrenal, vean Vds. los escaparates donde mi amigo el Sr. Torre tiene expuesta la más escogida y elegante colección de abanicos y sombrillas.

Es ya proverbial en Madrid el buen gusto del Sr. Torre para esos elegantes objetos, tan útiles para las señoras, y además, se lo digo á Vds. en confianza, los precios son muy módicos.



Un benemérito retirado nos escribe desde Oviedo que á las clases pasivas de aquella capital se les debe desde Octubre.

Calculen nuestros lectores la situación de esos infelices condenados á morir de hambre.

¿En qué diablos han consumido tantos millones estos revolucionarios?



En el cuaderno de COSAS DEL AÑO daremos las convenientes noticias históricas acerca de la iglesia de Santo Tomás, destruida en gran parte por el incendio el día 13;

aquí nos limitamos á encarecer el valor, la abnegacion con que trabajaron en la extincion del incendio los bomberos de Madrid y los milicianos que acudieron del puesto de la Plaza Mayor; así como también los socios de la *Juventud Católica* y varios sacerdotes dignísimos contribuyeron á salvar muchas imágenes y ricos ornamentos.

Consuela ver en esos supremos instantes a los hijos del pueblo haciendo el sacrificio de su vida, y demostrando los buenos sentimientos que animan su corazón hidalgo y generoso.

¡Y se quiere que en este pueblo arraigue la *Internacional*! No; el pueblo de Madrid, de España, no es el pueblo de París.

Felicitemos de todas veras á los heroicos bomberos que en la noche del 13 tan alto ejemplo dieron de valor y de honradez.

ADVERTENCIA

El martes se publicará un número extraordinario de EL CASCABEL.

Lo avisamos á los vendedores y á los compradores.

JEROGLIFICO.



MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4, Recoletos.